

El Dios Que se Infiere

Por William H. Burnside

At the Origins of Modern Atheism, por Michael J. Buckley (New Haven: Yale University Press, 1987) viii, 363 páginas, índice.

Contra Mundum, nº 2, invierno de 1992

El espíritu de nuestra época es que Dios no importa. Él no habla, actúa, provee, protege o controla. De hecho, puede que ni siquiera "sea". La mayoría de los modernos (al menos el noventa y cuatro por ciento, según las encuestas) piensan que probablemente sí existe, pero eso no supone una gran diferencia cultural. Incluso los personalmente piadosos son tan buenos hijos de su cultura como para entender que uno no se refiere seriamente a Dios mientras discute asuntos prácticos de la vida como la economía, las matemáticas, la ciencia, los negocios y el comportamiento humano. Incluso se ha erigido una zona de amortiguación para compartimentar la "ética" de estas áreas autónomas de la vida, de modo que las preguntas embarazosas sobre las bases éticas y la epistemología, la metafísica y otros temas centrales de la vida se dejan "a los filósofos" o "a los intelectuales". La religión se puede tolerar ocasionalmente si no nos quita demasiado tiempo ni nos avergüenza. En una palabra, Dios es irrelevante en la vida moderna, al menos en el pensamiento de muchas personas modernas.

No siempre fue así. En toda la historia, al menos hasta el siglo XVIII, la mayoría de la gente veía a Dios en todos los detalles de su vida. El que creó los cielos y la tierra, y puso el sol en órbita, el que llamó a las estrellas por su nombre, y controló los océanos, el que ordenó las estaciones y el tiempo diario, este mismo Dios alimentó a las aves del cielo y a los animales del bosque y del campo. Los hombres sembraban sus campos, pero dependían de Dios para que les diera el fruto. La vida era incierta y difícil en un mundo caído, pero incluso los más débiles podían esperar que la buena mano de su Dios los proveyera, guiara y consolara.

Ya no se ve la mano de Dios en nuestra vida cotidiana, ni siquiera en la salida del sol y la consistencia de las mareas del océano. La agricultura científica y los fertilizantes producen el fruto de los campos, no Dios. La electrónica, la aerodinámica, la maquinaria y la medicina son inventos del hombre autónomo. La madre naturaleza puede ser relevante, pero no Dios.

¿Cómo se ha producido este cambio? ¿A qué condicionamiento cultural somos tan susceptibles los modernos que incluso los cristianos profesantes aceptan sin rechistar la supuesta autonomía de las ciencias y otras disciplinas académicas, en lugar de insistir en que están bajo el señorío de Cristo y la providencia del Dios creador soberano y universal de la Biblia? Michael Buckley se centra en una parte importante de la explicación de estos enormes cambios: la relación entre la teología y la filosofía durante la Ilustración del siglo XVIII.

Buckley analiza el mundo filosófico de las ideas en los siglos XVII y XVIII, examinando aquellos conceptos formativos que iban a dar forma al mundo. Comienza con la aceptación incuestionable por parte de los teólogos ortodoxos de la categoría de la filosofía como el ámbito en el que debían

formularse las pruebas de la existencia de Dios. En lugar de la cristología o de las pruebas históricas de las afirmaciones bíblicas de que Dios actúa en la historia humana, o de las experiencias religiosas de las personas que afirmaban conocer a Dios, la apologética se volvió filosófica y se centró en una "naturaleza" impersonal en lugar de en el propio Jesús.

Piensa en tu última discusión sobre la supuesta existencia de Dios frente a la supuesta inexistencia de Dios. ¿Se centró la discusión en Jesús o en su propio conocimiento personal de Dios o en la experiencia de dos mil años de historia de la Iglesia, o se centró en pruebas filosóficas? ¿Afirmó un teísmo inferido o habló de conocer a Dios, no al "dios de los filósofos", sino al Dios de Abraham, Isaac y Jacob (como dijo el devoto matemático del siglo XVII, Blaise Pascal)? Buckley expone la importancia de la cuestión en su conclusión:

Sin la confrontación con la persona y la historia de Jesús, ni la evidencia impersonal ni la inferencia filosófica pueden sostener al Dios sagrado dentro de una cultura religiosa cristiana.

Buckley comienza con un intento de identificar quién o qué es un ateo. La raíz es *dios* y el prefijo significa *no*, por lo que un ateo vive su vida sin referencia a Dios. ¿Pero qué teísmo niega el ateo? ¿Los dioses de la antigua Grecia y Roma? Los paganos romanos acusaban a los primeros cristianos de ser ateos porque se negaban a adorar el panteón grecorromano. ¿La "Primera Causa" de los antiguos filósofos griegos? ¿Una fuerza impersonal? ¿O el dios deísta de la Ilustración?

Buckley sostiene que un ateo se define por el dios que niega. Por lo tanto, el teísta establece el objeto de discusión. En ese sentido, por supuesto, los primeros cristianos eran "ateos", pero obviamente no en un sentido bíblico. El punto es importante porque el ateísmo se impuso en la cultura occidental (al menos parcialmente) porque el "dios" "probado" por los intelectuales cristianos del siglo XVII no era el Dios de la Biblia, sino simplemente una Realidad Última impersonal y "necesaria" a la que se llegó por deducción lógica.

Charles Bradlaugh sostenía en el siglo XIX:

Soy ateo, pero no digo que no exista Dios; y hasta que no me digan lo que entienden por Dios, no estoy tan loco como para decir nada por el estilo. Mientras la palabra "Dios" no represente nada para mí, mientras sea una palabra que no sea el correlato y la expresión de algo claro y distinto, no voy a inclinarme contra lo que puede no ser nada. ¿Por qué habría de hacerlo? Si me dices que por Dios quieres decir "algo" que creó el universo, que antes del acto de la creación no lo era; "algo" que lo rige y gobierna, y que sin embargo es enteramente distinto y diferente en sustancia del universo, entonces estoy dispuesto a negar que pueda haber tal existencia... Me opongo al Dios del cristianismo, y lo niego absolutamente.

Los estudiosos de la historia intelectual reconocen desde hace tiempo la importancia fundamental de la Ilustración francesa en la configuración del mundo moderno. El ateísmo moderno surgió de ese entorno intelectual, aunque la propia Ilustración fue en gran medida deísta, la cuña que abrió el camino al ateísmo. Al definir la materia y la naturaleza como realidad última, la Ilustración cerró la puerta a Dios. Y el sistema abierto de la participación de Dios a través de los siglos cristianos se convirtió en el sistema cerrado tan ampliamente aceptado en el mundo moderno. Una visión mecánica de la vida sustituyó a la creencia dinámica y providencial en la participación de Dios en la historia humana.

Buckley rastrea la aparición del ateísmo moderno hasta Denis Diderot y Paul Henri d'Holback, pero comienza los debates históricos con René Descartes e Isaac Newton. En el curso de la discusión encuentra extraordinario que en la negación del Dios cristiano

El cristianismo como tal, más concretamente la persona y la enseñanza de Jesús o la experiencia de la Iglesia Cristiana, no haya entrado en la discusión. La ausencia de toda consideración de la cristología como parte del debate filosófico es tan omnipresente que su ausencia se daba aparentemente por sentada, pero es tan asombrosamente curiosa que plantea una cuestión fundamental de los modos de pensamiento: ¿Cómo se convirtió la cuestión del cristianismo frente al ateísmo en algo puramente filosófico?

¿Y por qué la filosofía fue definida de tal manera que excluye la cristología? No excluye el teísmo. Pero aparentemente muchos cristianos ortodoxos estaban dispuestos a definir el teísmo aparte de Cristo. Si la filosofía está a la altura de sus pretensiones de tratar la realidad, la verdad, el conocimiento y la conducta, ¿cómo puede ignorarse a Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida? Hacerlo es hacer un juicio tanto filosófico como religioso. Se podría plantear la hipótesis de ambas alternativas: que Él era o no era lo que tanto Él como sus seguidores afirmaban que era, el Dios/Hombre. Pero eso no se hizo. La hipótesis era que Él debía ser excluido en las discusiones filosóficas que trataban de determinar la existencia y la naturaleza de Dios. Entre algunos existía la duda sobre la credibilidad de las afirmaciones cristológicas. La "solución" era decidir las cuestiones filosóficas *como si* Cristo, como Creador del universo, no estuviera involucrado en tales cuestiones. Se juzgaba por una suposición sin considerar nunca adecuadamente las implicaciones de tales presuposiciones o las conclusiones lógicas de ambas posiciones. La ironía es aún más evidente cuando el pensamiento filosófico del siglo XVII reconocía la fuerza de los argumentos teístas de la necesidad, mientras rechazaba la expresión más dramática del teísmo en la persona de Jesucristo. Las pretensiones universales de la filosofía deberían haberse enfrentado a la amplitud de una visión bíblica/cristológica del mundo y de la vida.

Descartes

En cambio, Descartes trató de enfrentarse al creciente escepticismo del siglo XVII tratando de suspender el juicio allí donde existía la duda. Debido a las capacidades limitadas del hombre y a su relatividad en relación con el universo, Descartes buscó absolutos en los que basar las filosofías humanas. No contento con lo probable y lo relativo en la finitud humana, Descartes trató de encontrar la certeza absoluta simplemente mediante la lógica deductiva. "Si las probabilidades conducían inevitablemente al escepticismo, ¿había alguna posibilidad de trascenderlas para obtener la certeza? La pregunta era sobre el método, cómo se hace algo, un patrón de pensamiento..." Descartes pretendía "establecer la certeza de la cognición y de la percepción estableciendo la existencia de Dios que no podía engañar". Quería "una metafísica del ser" que dedujera la existencia de Dios y del mundo "y así sentar las bases de la física, la mecánica y la moral". Descartes se dio cuenta de la importancia de la existencia de Dios para la existencia humana y trató de demostrar su existencia filosóficamente. "Siempre he sido de la opinión", escribió Descartes, de que "dos cuestiones—las que se refieren a Dios y al alma—se encuentran entre las principales que deben ser demostradas por la filosofía y no por la teología".

Descartes utilizó los términos "autoevidente" o "autojustificado" o "perfectamente simple en sí mismo". Su idea era reducir todo a sus componentes más simples. Descartes reconocía la imperfección de los sentidos y la percepción humana, por lo que construyó su sistema sobre la base de la lógica deductiva,

asumiendo la validez y la adecuación del pensamiento humano. ¿Qué da certeza a ciertas proposiciones? Su propia justificación intuitiva y evidente. Por ejemplo, "lo que se ha hecho una vez, no puede deshacerse": lo absoluto de todo acontecimiento histórico una vez que está en el pasado. Su ejemplo más famoso es: "Pienso. Por tanto, soy". Yo, mientras pienso, existo. No podemos dudar de estas proposiciones si no las pensamos primero, pero mientras las pensamos, no podemos dudar de su evidente verdad. Las matemáticas pueden hacer lo que las demás ciencias no pueden: tratan de absolutos y no dejan lugar a dudas. Los teoremas de Euclides son tan ciertos hoy como cuando los escribió. Descartes, pues, trató de desarrollar una Matemática Universal que fuera el fundamento de todo conocimiento, incluido el conocimiento de Dios. Descartes interiorizó la apologética. Para él, era la mente, y no el universo, la que daba pruebas de la existencia del Dios creador. La conciencia intelectual humana era la base sobre la que Descartes pretendía construir su sistema de certeza matemática absoluta. La duda humana, sin embargo, reflejaba lo incompleto y limitado del conocimiento humano finito.

El sistema de Matemática Universal de René Descartes pretendía reducir todos los conceptos a sus componentes o estados absolutamente más simples. A partir de estas naturalezas simples, una cadena de implicaciones deductivas avanzaría hacia conceptos cada vez más completos y un conocimiento más exhaustivo. Era como una escalera que se movía en ambas direcciones: del análisis a la simplicidad y de la síntesis a la complejidad. Descartes designó las naturalezas más simples como "absolutas" y las más complejas como "relativas". La dependencia era una marca de lo relativo, la independencia una marca de lo absoluto.

Con pruebas formales y argumentando que nada puede provenir de la nada, Descartes trató de establecer la infinidad, eternidad, autoexistencia y perfección de Dios. Además,

el perfecto no puede engañar, ni en sí mismo ni en lo que establece. Dios, pues, es intrínseca y necesariamente veraz, y su verdad permite confiar en las facultades aperceptivas y en los instintos que Dios ha dado a la persona humana y creer en el mundo del que dan testimonio... La verdad creadora de Dios garantiza la posibilidad de un conocimiento auténtico y la actualidad de un mundo existente. Negar cualquiera de ellas sería negar la perfección de Dios, creer en un poder maligno.

Buckley afirma además: "Este es un momento revolucionario en la filosofía occidental. No es el universo sensible la evidencia de Dios, sino la naturaleza de Dios la garantía del universo sensible. Se está deduciendo el universo como una realidad relativa a partir de la verdad del absoluto".

Newton

Descartes dedujo que las matemáticas eran la base del universo y la física su medio. Otro cristiano del siglo XVII, Isaac Newton, trató de descubrir las "leyes naturales" de la creación de Dios, a las que llamó "Mecánica Universal". Aunque el nombre de Newton se asocia al concepto de un universo mecánico, autónomo y autosuficiente, él mismo pensaba que era absurdo descartar la providencia de Dios de esa manera. Sin embargo, sus seguidores desícticos pensaban que Dios era necesario para que el universo existiera, pero que el propio universo funcionaba mediante leyes naturales de causa y efecto inexorables, designadas por Dios.

Newton se enfrentó a los problemas del Espacio Absoluto y el Tiempo Absoluto como anclas para el espacio percibido y el tiempo percibido. En el proceso trató de unificar "la cuestión crítica de la dinámica, de la astronomía y de la teología". El tiempo eterno no está obviamente sujeto a la observación del hombre, pero el espacio creaba aún más problemas. ¿Por qué y cómo existe el espacio? ¿Es el espacio infinito y, si es así, es como Dios, eterno, increado, infinito, indivisible e inmutable? Newton vio en esto un problema teológico: "O bien el espacio es Dios, ya que comparte los predicados que clásicamente se reservan a Dios, o bien hay algo distinto de Dios que posee estos atributos divinos". Caracterizar el espacio como poseedor de "atributos divinos" es obviamente descabellado y más adelante en el libro, Buckley señala que el espacio existe y es infinito porque Dios es omnipresente. El espacio no ha sido creado. Existe *porque* Dios es.

Newton creía en la providencia divina. Llegó a la conclusión de que Dios colocó los planetas a diferentes distancias del sol según las proporciones de sus densidades.

"Concedida una relación tan geoméricamente precisa" [en el universo], ¿hay otra fuerza que deba introducirse para que el propio sistema no sea absurdo? ... Si el sentido de la gravedad, su impacto y el alcance de su presencia se revela en el sistema que controla, ¿es adecuado para dar cuenta de este sistema?

¿Podría la naturaleza, se preguntaba Samuel Clarke, socio de Newton, "haber surgido de meros principios mecánicos de materia y movimiento, de necesidad y destino?"

Tanto Descartes como Newton se encontraron con el mismo problema debido a su metodología. Si uno se ocupa sólo de las matemáticas absolutas y construye un sistema absoluto por deducción, ese sistema sólo es discutible en términos de lógica humana y nunca por observación directa, es decir, por ciencia empírica. "Una filosofía que hace de la materia algo omnipresente y proyecta un universo cuyo sistema es el resultado inevitable de la materia y de las leyes del movimiento ...aparta la investigación teológica de cualquier evidencia en el mundo estudiado por las ciencias".

Preguntó Newton,

¿Cómo se unieron las unidades elementales para formar el enorme sol que da luz, y esos otros elementos para formar los numerosos planetas opacos? Esta composición y división de la materia primordial "no me parece explicable por meras causas naturales", escribió, "sino que me veo obligado a atribuirle al curso y al artificio de un Agente voluntario". Además, hay que tener en cuenta el hecho de que estas masas estaban situadas en lugares tales que el Sol podía dar sistema a las otras por su gravedad masiva, y luz y calor por su composición.

Si trasladamos la consideración más allá, desde las objeciones y sus distancias hasta la cinemática del movimiento y la dinámica de su velocidad, la evidencia de un creador aumenta proporcionalmente. Los cometas descienden a la zona de los planetas y se mueven entre ellos de maneras muy diferentes; algunos se mueven de la misma manera que los planetas, otros cruzan sus planos, mientras que el sistema solar no sufre daños por estos visitantes excéntricos. Los planetas primarios y sus lunas se mueven de la misma manera y en el mismo plano sin ninguna variación considerable, un fenómeno tan exacto en sus múltiples proporciones que "ninguna causa natural" puede explicarlo razonablemente.

Tomemos el grado de velocidad de cada uno de los planetas y cometas. Si los planetas hubieran sido tan rápidos como los cometas, no habrían descrito órbitas concéntricas alrededor del sol, sino órbitas tan excéntricas que habría sido imposible un sistema de mantenimiento de la vida. Si todos los planetas fueran tan rápidos como Mercurio o tan lentos como Saturno; o si sus velocidades fueran muy diferentes de las actuales; o si sus velocidades siguieran siendo las actuales y sus distancias al sol cambiaran; o si sus velocidades y distancias fueran las actuales y sus masas muy diferentes, con cambios proporcionales en sus atracciones gravitatorias mutuas en cualquiera de estos casos, el sistema actual no podría existir.

Newton observó:

Por lo tanto, para hacer este sistema con todos sus movimientos, se requería una Causa que entendiera y comparara juntos 1) las cantidades de materia en los distintos cuerpos del Sol y los Planetas y 2) los poderes gravitatorios resultantes, 3) las distintas distancias de los Planetas primarios desde el Sol y los secundarios desde Saturno, Júpiter y la Tierra, y 4) las velocidades con las que estos Planetas podían girar a esas distancias en torno a esas cantidades de materia en los cuerpos centrales. Y comparar y ajustar todas estas cosas juntas en tan gran variedad de cuerpos argumenta que la causa no es ciega y fortuita, sino muy hábil en Mecánica y Geometría...

La gravedad puede poner a los planetas en movimiento, pero sin el poder divino nunca podría ponerlos en un movimiento de circulación como el que tienen alrededor del Sol, y por lo tanto, por esta y otras razones me veo obligado a atribuir la estructura de este sistema a un agente inteligente.

El movimiento compuesto de la Tierra en su órbita se origina en el equilibrio de la gravedad con un movimiento transversal que se conserva por inercia. El ajuste matemático de esas dos fuerzas indica la presencia de una inteligencia calculadora.

Pero este movimiento anual alrededor del sol es sólo uno de los tres movimientos de la tierra. También existe el movimiento diurno sobre su eje, que produce la noche y el día, y la precesión de los equinoccios. Los movimientos diurnos de los planetas no están causados por la gravedad. La Tierra gira sobre su eje de forma que la velocidad de la superficie en el ecuador es de unos mil kilómetros por hora. Si, por ejemplo, girara a cien millas por hora, el día y la noche serían diez veces más largos cada uno. El sol caliente aniquilaría la vegetación, y en las largas noches cualquier ser vivo superviviente se congelaría. Conservados por la fuerza de inercia, estos movimientos "requerían un poder divino para imprimirlos". La inclinación del eje de la tierra puede ser alegada

como un artificio para el invierno y el verano y para hacer que la tierra sea habitable hacia los polos, y que las rotaciones diurnas del Sol y los planetas difícilmente podrían surgir de una causa puramente mecánica, por lo que al estar determinadas de la misma manera que los movimientos anuales y menstruales parecen conformar esa armonía del sistema que fue el efecto de la elección y no del azar.

El eje de la tierra está inclinado en un ángulo de 23,5 grados con respecto al plano de su movimiento alrededor del sol. Esto no sólo asegura el ritmo de las estaciones, sino que si no estuviera inclinado, los vapores del océano se moverían hacia el norte y el sur, acumulándose en continentes de hielo. Todo

dentro de la estructura del sistema del mundo está en función de todo lo demás: masas, atracciones gravitatorias, distancias y velocidades. Cada una de ellas puede descomponerse en las unidades que la componen. En la presencia de estas unidades y en su combinación, se descubrió una exactitud matemática que llevó a la Mecánica Universal *a una causa que no era mecánica*.

El universo es un sistema de sistemas... ¿Cuál es entonces la fuerza que le dio origen y estructura, una fuerza que debe ser a la vez inteligente y poderosa?

Es el dominio. Es el dominio lo que hace que Dios sea Dios...

Hay que afinar un poco la afirmación de Buckley. El dominio es una característica o atributo de Dios, pero Dios seguía siendo Dios antes de crear y, por tanto, tenía algo sobre lo que tener dominio. Tal vez sería más exacto decir que Dios tenía autoridad, poder para crear, y el dominio resultante desde toda la eternidad pasada.

Debido a su implicación de fuerza y poder, Buckley cree que

El dominio constituye el atributo crucial para la Mecánica Universal. El dominio ocupa en la inferencia teológica newtoniana una posición similar a la del infinito o perfecto en Descartes: el dominio es aquello de lo que se inferirán todos los atributos divinos y por lo que se registrará su inteligibilidad. De hecho, incluso aquí Newton deja claro su desacuerdo con Descartes: "El Dios supremo es un ser eterno, infinito, absolutamente perfecto; pero un ser incluso perfecto, sin dominio no es el Señor Dios (*Dominus Deus*)".

Así como la fuerza es conocida y designada por el cambio que puede autorizar y de esta manera es una palabra relativa, así Dios es conocido y designado por el dominio que ejerce. La visión newtoniana de Dios es evidentemente demasiado limitada y requiere una necesidad fuera de Dios mismo. Ese no es el Dios de las Escrituras.

Buckley observa astutamente que

Dios no es eternidad o infinito, sino eterno e infinito. Al existir eternamente, constituye la duración absoluta que es el tiempo real. Al estar en todas partes, constituye la extensión infinita que es el espacio absoluto.

¿Qué es entonces el espacio eterno? Es un efecto de la existencia divina. No surge de su elección, sino de su existencia en todas partes. El espacio es un efecto que emana o emite de la omnipresencia divina, que no es ni independiente de Dios ni simplemente una criatura producida por la elección divina, sino el ser *qua* ser. No existe ni puede existir ningún ser que no esté relacionado de algún modo con el espacio. "Dios está en todas partes, las mentes creadas están en alguna parte, y el cuerpo está en el espacio que ocupa; y lo que no está ni en todas partes ni en ninguna, no sale. Y de ahí se deduce que el espacio es un efecto que surge de la primera existencia del ser, porque cuando se postula cualquier ser, se postula el espacio." No es que Dios actúe para crear el espacio y el tiempo. Él es, y eso constituye el espacio y el tiempo.

"En Él todas las cosas viven y se mueven y tienen su ser". Así como la gravedad no puede ser rastreada hasta la estructura interna de la materia, ni la causa de sus leyes puede ser determinada

con certeza, así también el dominio divino no puede ser reducido a la captación de la propia naturaleza divina. Basta con que la gravedad exista y que actúe así. Basta con que Dios exista, un Dios cuyo dominio revela su presencia viva siempre y en todas partes.

Dios en el sentido del dominio o la fuerza de la que emana el mundo es obvio para Newton e ineludible como las consecuencias racionales de un sistema del mundo. La inferencia crucial es que este dominio es inteligente además de poderoso, es decir, que es personal. La coordinación matemática dentro del sistema del mundo, la estructura de la unidad con tan enorme diversidad, es la mejor garantía para esta conclusión. Es la prueba de que este Dios es personal.

¿Queda Newton con el Dios distante, que construyó el reloj pero que ahora lo deja funcionar por sí mismo? Dios constituye el espacio y el tiempo en el que todo tiene lugar por su omnipresencia. No está distante en ningún sentido; su presencia hace posible la existencia y el movimiento de todas las cosas.

En segundo lugar, el sistema del mundo no es en sí mismo un sistema eterno. Newton concibió algo así como una enervación gradual del movimiento: Hay principios activos como la gravedad, el magnetismo, la electricidad y la fermentación (reacciones que producen calor) que continúan revigorizando el sistema, pero incluso con ellos el sistema necesitaría eventualmente una reforma, una indicación mecánica de la presencia de una providencia continua para que "Nada se haga sin su gobierno continuo, pues un Dios sin providencia sería mero destino o naturaleza ciega". La atrofia está incorporada al universo.

La re-formación garantizaba la creencia en una providencia continua, al igual que la formación daba pruebas de un entendimiento y una elección omnipotentes. Ninguna de las dos era mágica, pero ambas manifestaban el dominio finito de quien "gobierna todas las cosas, no como el alma del mundo, sino como el Señor de todas las cosas".

Robert Boyle destaca como uno de los muchos que trataron de demostrar que tanto la ciencia como la religión se centran en el mismo objeto: la existencia y las acciones de Dios. Las discusiones sobre la ciencia física y la teología natural fueron los principales ejes de su vida. Boyle creó una fundación para organizar una serie regular de conferencias públicas "para demostrar la verdad de la religión cristiana contra los infieles".

Samuel Clarke trató de hacerlo en su obra *A Demonstration of the Being and Attributes of God (Una demostración del ser y los atributos de Dios)*, publicada en 1705. Utilizó el "método de la tesis" de las proposiciones, todavía en uso en las universidades inglesas. El hilo o argumento continuado le llevó a su Proposición 12, "Que la Causa Suprema y el Autor de todas las cosas, debe ser por Necesidad un ser de Bondad, Justicia y Verdad Infinitas, y todas las demás Perfecciones Morales tales como se convierten en el Gobernador y Juez Supremo del Mundo". Ver la inteligencia y el diseño en los seres humanos finitos, pero no en el Creador del universo, sería hacer el efecto más grande que la causa. La inteligencia no puede existir sin personalidad y la personalidad presupone la libertad. Y del poder de elección surge la existencia del mal cuando se toman decisiones equivocadas.

La existencia del mal centró a menudo los debates entre teístas y ateos en los siglos XVIII y XIX. Los ateos solían caracterizar el mal como "mal natural" y los teístas hacían hincapié en el "mal moral". Clark sostenía que la propia existencia del mal demostraba la existencia de la libre elección moral, que a su vez presupone inteligencia y personalidad. Clarke escribió que los ateos "desean que se piense que

en la Fabrica del Mundo, Dios se ha quedado totalmente sin Testimonio; y que todos los Argumentos de la Naturaleza, están del lado del Ateísmo y la Irreligión". Lo contrario es el caso, dijo Clarke: los "Testigos" de Dios son finalmente "todo dentro de nosotros, y todo fuera de nosotros".

El ateísmo de la Ilustración

En cierto sentido, Denis Diderot, 1713-1784, es el primero de la rama atea de la Ilustración. Diderot no sólo ofreció la materia como alternativa a Dios, sino que pensó en la materia como creativa y dinámica, en lugar de inerte. La materia, en Diderot y sus seguidores, se convierte en la fuente creativa y la causa incesante de todas las cosas. La materia se convirtió más tarde en la piedra angular del positivismo y del materialismo marxista. La naturaleza creadora, en su supuesta eternidad, se convirtió en la productora de todo cambio y todo diseño.

El naturalismo concebía un sistema autocontenido y cerrado del universo, "La naturaleza no es más que una inmensa cadena de causas y efectos, que fluyen incesantemente unos de otros". Así pensaba Paul Henri d'Holbach, que promovió el ateísmo filosófico en los salones de la Francia de mediados del siglo XVIII y en su obra *El sistema de la naturaleza: o, Leyes del mundo moral y físico*, en la que escribió

Contentémonos con decir que la materia ha existido siempre; que se mueve en virtud de su esencia; que todos los fenómenos de la Naturaleza son atribuibles al movimiento diversificado de la variedad de materia que contiene, y que se regenera continuamente de sus propias cenizas.

Uno debe depositar su fe en una supuesta materia eterna y autorrenovable como explicación del universo y su forma. La amplia teorización de D'Holbach incluía una explicación del mal como simple respuesta a las "necesidades". "Las necesidades nos obligan a pensar, a desear y a actuar... El bien se revela sólo como un cese del mal".

D'Holbach seleccionó a sus adversarios y trató de destruir sus argumentos, en particular los fundados en "el falso principio de que la materia no es autoexistente." D'Holbach no sólo no demostró su teorización, sino que sólo se ocupó de las teorías filosóficas pertenecientes a la teología natural o a la filosofía natural.

A Immanuel Kant, 1724-1804, le correspondió desplazar la búsqueda de pruebas para el teísmo de los fundamentos metafísicos a los epistemológicos. En lugar de centrarse en la existencia de las cosas como fundamento, Kant trasladó la atención a los procesos del pensamiento humano. El deber, tal y como lo ordena la conciencia humana, debería ser el bien supremo del hombre. Si Dios existe, ¿por qué han de sufrir los justos y producirse injusticias en las vidas humanas? Kant volvió ese argumento contra sí mismo: puesto que los buenos sufren

la validez intrínseca del compromiso ético exige que haya un Dios que rectifique este desorden intrínseco; de lo contrario, no sólo se pone en duda la existencia de Dios, sino que la propia vida ética humana se vuelve absurda. El ser humano estaría obligado por el deber a hacer o buscar lo imposible... Dios se convierte en una condición de posibilidad de la vida ética humana.

En Kant la "santidad" ya no designa una relación con Dios, sino la "completa adecuación de la voluntad a la ley moral". Y la ley moral queda suspendida en el espacio como una abstracción en lugar de estar enraizada en el ser de Dios, como en la Biblia.

Valoración de Buckley

Los argumentos sobre la existencia de Dios en los siglos XVII, XVIII y XIX ignoraron persistentemente la experiencia de una relación viva con Dios a través de Jesucristo. Eso se compartimentó como "piedad personal" y, por tanto, no formó parte del debate intelectual, que se asumió como de naturaleza simplemente filosófica. Es una de las grandes ironías de la historia que se gastaran tantas horas y páginas con abstracciones y se ignorara la realidad histórica de la existencia de Jesús y las realidades existenciales de las experiencias humanas directamente con Dios mientras los intelectuales teorizaban en términos abstractos. ¿Dónde estaba la apelación a la historia? Las reglas básicas tácitas lo declaraban inadmisibles. "No deja de ser sorprendente", observa Buckley, "que los teólogos pusieran la religión entre paréntesis para defenderla".

Buckley también señala el fuerte contraste entre el Dios cristiano y el "contenido impersonal que se contaba como su principal evidencia." (!)

La contradicción radicaba también entre la cultura religiosa europea, cuyo Dios se garantizaba y definía a través de Jesucristo, y la llegada de los teólogos a un numen providencial o a un gran arquitecto, como si nunca hubieran ocurrido mil seiscientos años de historia religiosa. La cultura cristiana de Europa en la que se lanzaron estas apologéticas teológicas [hablaba de] un Dios cuya atmósfera religiosa tangible podía encontrarse en las iglesias de las aldeas y en los monasterios locales, así como con el crucifijo en las paredes de las tabernas y las grandes celebraciones que jalaban el año, un Dios cuyas intervenciones eran materia de oración y misticismo, ritual y superstición rural. Esta trascendencia se entretejía en la textura de la cultura y Cristo definía el significado y la verdad de Dios. Los patrones cotidianos del habla muestran esta influencia permeable, y el éxito o el fracaso de la vida se juzgaba por ella.

Ignorando esta cultura e historia que les rodeaba, los filósofos "abstrajeron a Dios de Cristo como definición o manifestación". El Dios cristiano debía justificarse sin Cristo... El cristianismo, para defender a su Dios, se transmutó en teísmo". (!)

Había una contradicción en el contenido de los teístas: la naturaleza impersonal se convirtió en la principal garantía del Dios cristiano profundamente personal... Tanto Descartes como Newton demostraron un Dios *conocido sólo por inferencia*. Uno no experimentaba nada de Dios ni discernía dentro de sí mismo una orientación omnipresente que pudiera contar como evidencia teológica. Uno se informaba sobre Dios *desde fuera*... Mientras que la religión presupone el compromiso personal como la relación permeable y fundamental con Dios, la inferencia filosófica introduce un tercer término o garantía distinta de este compromiso, a saber, la evidencia a través de la cual uno es informado sobre Dios y de la cual se deduce a Dios. De un modo u otro, la religión implicaba a Dios como una presencia viva; la inferencia filosófica demuestra que hay un Dios como "amigo detrás de los fenómenos"... Descartes y Newton omiten cualquier orientación trascendental o religiosa experiencial y las implicaciones personales que se derivan de ambas; sostienen una *forma inferencial de conocimiento* como original y esencial.

"El hombre no puede rezar ni sacrificar a este Dios", escribió Martin Heidegger; "ante la *causa sui*, el hombre no puede arrodillarse en señal de asombro ni puede tocar música y bailar ante este Dios".

Una física cerrada en sí misma surgió como autónoma; Dios ya no era necesario y el mundo se volvió intrínsecamente secular. La creencia en Dios seguía siendo cierta, pero ya no "el Dios definido y revelado en Cristo y en la experiencia religiosa", sino "el dios revelado en la naturaleza impersonal".

Dios se demuestra por inferencia, una implicación de lo que se conoce directamente; Dios nunca es objeto de orientación o experiencia, y menos aún de intuición, ni logra un testimonio personal en el mundo.

Es sólo el "ser necesario" que emerge dentro de un sistema filosófico. "La naturaleza impersonal acabó por moverse a través de sus negaciones teológicas para reafirmarse como dinámica dentro de los predicados antes reservados a Dios: "eterno" e "infinito". Una razón importante por la que la cultura occidental relegó a Dios a un rincón piadoso de su vida es que "ni la evidencia impersonal ni la inferencia filosófica pueden sostener al Dios sagrado dentro de una cultura religiosa cristiana". El cristianismo es anémico sin "la confrontación con la persona y la historia de Jesús" y "Jesús pertenece a la definición de Dios".

La adecuada conclusión de Buckley para su libro consiste en una cita de Blaise Pascal, el gran matemático del siglo XVII:

Todos aquellos que buscan a Dios aparte de Cristo, y que no van más allá de la naturaleza, o bien no encuentran ninguna luz que les satisfaga o llegan a idear un medio de conocer y servir a Dios sin un mediador, cayendo así en el ateísmo o en el deísmo, dos cosas casi igualmente aborrecibles para el cristianismo.

Uno esperaría que un profesor de teología sistemática de la Universidad de Notre Dame hiciera hincapié en el mundo intelectual católico en sus escritos, y ciertamente el profesor Buckley lo hace. Uno podría haber pensado, sin embargo, que también consideraría las contribuciones a la historia cultural e intelectual realizadas por la Reforma Protestante en el siglo anterior y que dieron mucho fruto en los siglos que se analizan en su libro. Los puritanos del siglo XVII son totalmente ignorados por Buckley, al igual que sus grandes contemporáneos de Escocia y Holanda. Dificilmente se puede descartar a Juan Calvino en tal contexto con una sola frase, ¡y especialmente ésta!

En un esfuerzo por evitar un fideísmo en desarrollo (!), asociado con Montaigne o con Calvino, y para establecer una base común para la discusión racional, cualquier apelación al testimonio de una persona—que es fundamental para el cristianismo—se volvió inadmisibile. Los teólogos siguieron el ejemplo tomista y relegaron la cristología a una fase más remota de la teología. No deja de sorprender que los teólogos pusieran entre paréntesis la religión para defenderla.

Los teólogos reformados no hicieron tal cosa. Cristo era el Señor de todo, incluido el intelecto. La Reforma no compartimentó la vida. Los reformadores trataron de someter *todo pensamiento* a la obediencia de Cristo. No se hacían ilusiones sobre los efectos noéticos de la Caída. *Los Institutos de la Religión Cristiana* de Juan Calvino, escritos en el siglo XVI, fueron uno de los libros más influyentes

en el norte y el oeste de Europa en el siglo XVII y tuvieron profundos efectos culturales. Es una trágica distorsión que Buckley lo ignore.

Las doscientas páginas del Libro Primero de Calvino, "El conocimiento de Dios creador", tratan muchos de los temas discutidos por los filósofos del siglo XVII. El punto de partida de Calvino, por supuesto, era bastante diferente. Comenzó con Dios, que es el único eterno y autoexistente. Empezar por la naturaleza o el hombre era construir sobre una base inadecuada porque ambos son finitos, y la naturaleza es impersonal. Sólo Dios es infinito y personal. Empezando por Dios, Calvino pasó rápidamente a la doctrina de la revelación en las Escrituras como autorizada. Esto no es fideísmo, como tampoco lo es depositar la fe, la confianza intelectual en el propio razonamiento autónomo o en la "Razón" colectiva del hombre. Simplemente se tiene un objeto de fe diferente. Para Calvino era la confianza en el Dios personal e infinito de las Escrituras como su punto de referencia final, por el que daba sentido al universo y a la vida. Calvino escribió:

Dios se revela diariamente en toda la obra del universo... Este hábil ordenamiento del universo es para nosotros una especie de espejo en el que podemos contemplar a Dios, que de otro modo es invisible... "Lo que los hombres necesitan saber acerca de Dios les ha sido revelado... pues todos contemplan su naturaleza invisible, conocida desde la creación del mundo, su eterno poder y su divinidad". (Romanos 1:19-20)

... Sin embargo, dejan de lado a Dios, mientras utilizan la "naturaleza", que para ellos es el artífice de todas las cosas, como un manto. Ven tan exquisita hechura en sus miembros individuales, ... pero sustituyen a Dios por la naturaleza...

En efecto, es múltiple la agilidad del alma con la que examina los cielos y la tierra, une el pasado con el futuro, retiene en la memoria algo escuchado mucho antes, es más, se imagina todo lo que le place. También es múltiple la habilidad con la que concibe cosas increíbles, y que es la madre de tantas maravillas. Estos son signos infalibles de la divinidad en el hombre... ¿Qué debemos decir aquí, sino que los signos de inmortalidad que han sido implantados en el hombre no pueden ser borrados? ... "¿Debemos, en efecto, distinguir entre el bien y el mal por ese juicio que nos ha sido impartido, pero no habrá juez en el cielo? ... ¿Nos crearemos inventores de tantas artes y cosas útiles que Dios puede ser defraudado de su alabanza, aunque la experiencia enseña suficientemente que lo que tenemos ha sido distribuido desigualmente entre nosotros desde otra fuente?

... ¡Como si el universo, que fue fundado como un espectáculo de la gloria de Dios, fuera su propio creador! ... Aquel de quien todas las cosas tuvieron su origen debe ser eterno y tener [vida en sí mismo].

... ¿Y qué no podría ocurrirle a los demás cuando las mentes principales, cuya tarea es iluminar el camino para el resto, se extravían y tropiezan? ... ¿No deberíamos abandonar a los que nos invitan a conocer las cosas ciertas y luego nos piden que creamos las cosas inciertas? Deberíamos buscar nuestra convicción en un lugar más alto que la razón humana, los juicios o las conjeturas... porque la prueba más alta de la Escritura deriva del hecho de que Dios en persona habla en ella (y lo atestigua por su Espíritu), de modo que la Escritura se autentifica por sí misma...

El gobierno de Dios se extiende de tal manera a todas sus obras, (no) dentro de la corriente de la naturaleza... como si Él permitiera que todas las cosas por un curso libre fueran llevadas de acuerdo a una ley universal de la naturaleza... [Algunos] conceden a Dios una especie de movimiento ciego y ambiguo, mientras le quitan lo principal: que Él dirige todo por su incomprensible sabiduría y lo dispone a su propio fin. Y así, sólo de nombre, no de hecho, convierte a Dios en el Gobernante del universo porque le priva de su control... Dios vigila el orden de la naturaleza establecido por Él mismo... como si la naturaleza obedeciera el mandato eterno de Dios, y lo que Dios ha determinado una vez fluye por sí mismo.

Sin embargo, *En los orígenes del ateísmo moderno* es un libro excelente y merece una cuidadosa atención, no sólo de los cristianos, sino también de los filósofos y estudiantes de historia intelectual. La civilización occidental dio un giro equivocado en la Ilustración al compartimentar la vida y tratar de construir la sociedad sobre la base de una supuesta autonomía humana. Quienes estén interesados en la Reforma y en volver a construir sobre la base de la misma, deberían leer este libro con atención.